



EPÍSTOLA ENCÍCLICA

SOBRE LA ADORACIÓN DEL ROSARIO

LEON P. XIII.

Venerables Hermanos: Salud y bendición apostólica.

CONVENIENTE es celebrar con mayor magnificencia cada día y rogar con una ilimitada confianza á la Santísima Virgen, Madre de Dios, auxiliadora constante y clementísima del pueblo cristiano. Los muchos y variados beneficios que se obtienen en todas partes por su intercesión poderosa, son otros tantos motivos de alabarla y de enaltecerla; y el pueblo cristiano, en efecto, á tal punto lleva las muestras de su agradecimiento á esta celestial Señora, que no obstante las circunstancias por que atravesamos, no muy favorables á la Religión, nunca se vió florecer más espléndido y lozano el culto á la Santísima Virgen. Con harta elocuencia prueban esta afirmación el restablecimiento y multiplicación de las asociaciones fundadas bajo su patrocinio, la construcción de tantos espléndidos monumentos consagrados á su nombre augustó; la organización de piadosas peregrinaciones á sus más venerados santuarios, la celebración de Congresos consagrados al incremento de su gloria, y tantas otras manifestaciones parecidas, excelentes en sí mismas y llenas de magníficas promesas para lo porvenir.

Hecho singular y en alto grado consolador es éste, que como satisfacción tan profunda de nuestro corazón, señalamos: entre las múltiples formas que reviste la piedad en sus manifestaciones de amor hacia María, el Santísimo Rosario se propaga más cada día con gran contentamiento y provecho del pueblo cristiano. Este despertar maravilloso,

lo decimos de nuevo, es para nuestro corazón motivo de santo regocijo; porque, si Nos hemos consagrado no escasa parte de nuestros apostólicos trabajos á la difusión entre los fieles de aquella devoción provechosa, place á Nos igualmente manifestar con cuánta benignidad ha respondido á nuestros votos la Reina Soberana de los Cielos con tan fervorosas plegarias invocada: y de igual modo abrigamos ilimitada confianza en que Ella se dignará endulzar las amarguras que, en día no muy lejano, van á inundar nuestro corazón.

Pero, sobre todo, vemos en el Santísimo Rosario un medio poderoso, y auxiliar eficazísimo para extender cada vez más las fronteras del reino de Jesucristo. En varias ocasiones lo hemos declarado. La reconciliación con la Iglesia de las naciones separadas de ella constituye, en los actuales momentos, el objeto culminante de nuestros deseos, y á esa obra de pacificación se enderezan ahora todos nuestros esfuerzos. Ya hemos indicado asimismo que el éxito de esta magna empresa principalmente dependía de las oraciones y súplicas dirigidas al Todopoderoso: y con motivo de las grandes solemnidades de Pentecostés, recomendamos con gran eficacia á los fieles pidieran al Espíritu Santo un éxito feliz para nuestros designios, por medio de plegarias especialísimas y colectivas. Place á Nos declarar aquí que el pueblo cristiano respondió á nuestras invitaciones de modo tal, que ha superado á nuestras esperanzas.

Pero atendiendo á la gravedad de las circunstancias y teniendo en cuenta que sin la virtud de la constancia flaquean todas las demás virtudes por su base, conviene recordar el consejo del Apóstol «perseverad en la oración» (Col. IV, 2) y esto tanto más, cuanto que los dichos resultados ya obtenidos parece invitarnos á continuar incansables en la oración. Así, pues, Venerables Hermanos, será utilísimo que, durante el próximo mes de Octubre, vosotros y los pueblos confiados á vuestra pastoral solicitud, os unais á Nos para invocar con fervor, y mediante la práctica del Rosario, á la Santísima Virgen María. Bien claras son las causas que tenemos para encomendar con firmísima esperanza á su protección nuestros designios y nuestros votos.

El profundo misterio de la inagotable caridad de Jesucristo se revela de un modo especialísimo en aquella circunstancia de haber querido, próximo ya á la muerte, con-

fiar su Madre á San Juan constituyéndola en Madre suya, por virtud de un testamento memorable: «Hé ahí á tu hijo», dijo á María desde lo alto de la Cruz. Según la interpretación constante de la Iglesia. Jesucristo quiso designar en la persona de Juan á todo el género humano; y más especialmente á aquellos hombres que habian de estar ligados con El por los lazos de la fe. Y en este sentido pudo decir San Anselmo de Cantorbery: «¿Qué puede concebirse de más grande, sino esto, que vos, oh Virgen Santísima, sois Madre de aquellos que tienen á Jesucristo por padre y por hermano?» (S. Anas. or. XLVII, olim. XLVI.)

María Santísima recibió con espíritu generoso este espléndido legado, comenzando á cumplir su sagrada misión en el Cenáculo, bajo los sagrados auspicios del Espíritu Santo. Ella fué ayuda y sostén de la naciente Iglesia por la santidad de su ejemplo, la autoridad de sus consejos, la dulzura de sus exhortaciones y la eficacia de sus plegarias ferventísimas: mostróse verdaderamente Madre de la Iglesia, y fué verdadera Reina de los Apóstoles, á los cuales hizo participantes del tesoro de los divinos oráculos que Ella «guardaba en su corazón».

Imposible de todo punto manifestar hasta dónde llegaron los efectos de su misericordia desde el momento en que se vió elevada al pináculo de la gloria, al lado de su divino Hijo en el trono esplendente que convenia á su altísima dignidad y á sus singularísimos méritos. Desde aquellas luminosas alturas, Ella comenzó á velar constantemente por la Iglesia y á otorgarnos su maternal protección; de tal modo que después de haber sido cooperadora de la obra maravillosa de la redención humana, ha venido á ser la dispensadora de las gracias, frutos de esa misma redención, habiéndosela otorgado para ello un poder cuyos límites no pueden columbrarse. Por esta razón, las almas cristianas se sienten naturalmente impulsadas hacia María; por esta razón comunican á esta Madre amantísima sus pensamientos y sus designios, sus alegrías y sus tristezas; y en todas las vicisitudes de la existencia confían en Ella y en su protección soberana; por esta razón se elevan á María interminables alabanzas en todas las naciones y en todos los ritos, que van multiplicándose á través de las edades. Hásele llamado *Nuestra reina*, *Nuestra mediadora* (S. Bernardus, *serm. II in adv. Domini n. 5*), *la Reparadora del mundo* (S. Tharadius, *or. in præsenti. Deip*, *la Dispensadora*

de las Gracias de Dios (*In offic. grec. VIII dec. Oeotiorion p. st oden IX*).

Y como fundamento y el principio de las gracias divinas, mediante las cuales es dado al hombre elevarse por encima de las cosas naturales al conocimiento del orden sobrenatural, es la fe; para adquirir esta fe salvadora y mantenerla siempre encendida en nuestras almas, es necesario pedirle con insistencia á Aquella que concibió en sus entrañas el «Autor de la fe», y que por lo maravilloso de su fe fué proclamada «bienaventurada». «Nadie puede llegar al conocimiento de Dios, ¡oh Virgen Santísima! si no por Vos; nadie puede salvarse si no por Vos, ¡oh Santa Madre de Dios! Nadie, si no es por Vos obtendrá misericordia.» (S. Germán. Constant. Or. II, in dormit. B. V. M.) Ciertamente no parecerá exagerado afirmar que solamente bajo la dirección y mediante el auxilio de María, pudo la doctrina evangélica esparsirse á través de tantos obstáculos y fructificar en todas las naciones, estableciendo en todas ellas el nuevo reinado de la justicia y de la paz. Este mismo pensamiento era el que inspiraba la oración de San Cirilo de Alejandria, cuando se dirigía á la Santísima Virgen en aquellas memorables palabras: «Por Vos, predicaron los Apóstoles á las naciones la doctrina salvadora; por Vos, la Cruz bendita fué celebrada y adorada en la redondez de la tierra; por Vos, fueron puestos en fuga los demonios y el hombre se sintió llamado al Cielo; por Vos, toda criatura envuelta en los errores de la idolatría llegó al conocimiento de la verdad; por Vos, alcanzaron los fieles la gracia del Santo Bautismo y se fundaron iglesias en todos los pueblos». (Hom. contra Nestor).

Todavía más María, como así lo proclama el mismo santo doctor (ib.), fué la que fortaleció y consolidó muy especialmente «el cetro de la Fe ortodoxa», y desplegó todo su poder para que la Fe católica se mantuviera sólida, intacta, poderosa y fecunda. ¿A qué aducir pruebas de demostración de esta verdad inconcusa, pruebas que más de una vez se han manifestado por modo maravilloso? Sobre todo, en aquellas épocas tristes y en aquellos pueblos en que se contempló abatida y como agonizante la Fe, ó en que se vió atacada con furor indecible por multitud de perniciosos errores, se manifestó de un modo evidéntísimo el misericordioso auxilio de la augusta Virgen María. En estos momentos fué cuando, merced sobre todo á su protec-

ción nunca desmentida, surgieron varones eminentes en santidad y en apostólico celo, que opusieron dique invencible á los asaltos del error, y lograron tornar á los hombres á la piedad de la vida cristiana. Ilustre, entre estos varones escogidos, fué Domingo de Guzmán, quien consagrándose á este doble apostolado, puso entera su esperanza en el Rosario de María. Nadie ignora cuánta parte cupo á la Santa Madre de Dios en los grandes servicios prestados á la causa de la verdad católica por los venerables Padres y doctores de la Iglesia. De Ella, en efecto, que es «Asiento de la sabiduría», procedió la inspiración tan fecunda que palpita en sus escritos, y por Ella solamente, como ellos mismos lo proclaman, fué confundida la malicia de los errores y se vió detenida, en sus progresos, la herejía. Por último, los príncipes cristianos y los Romanos Pontífices, ces, estudios y defensores de la Fe, los unos en los trances de la guerra, los otros en la promulgación de sus solemnes decretos, siempre imploraron la protección de esta Madre de misericordia y jamás la imploraron en vano.

Por esta razón, la Iglesia y los Padres glorifican á María con tanta verdad como magnificencia: «Salve, lengua siempre elocuente de los Apóstoles, sólido fundamento de la Fe, baluarte inquebrantable de la Iglesia (*Es himno grecor. Akatistos*.) Salve por Vos hemos sido inscritos en el número de los ciudadanos de la Iglesia Una, Santa Católica y Apostólica, (S. Joan. Dam. *or. in annunc. Dei Genitricis*, n. 9). Salve, divino manantial del que fluyen sin cesar los ríos de la divina sabiduría, las aguas puras y limpiadas de la ortodoxia que rechazan lejos las turbias olas de los errores. (S. Germ. Constan. *or. in Delip. present. n. 14*). Regocijáos; porque Vos sólo habeis destruído en el mundo todas las herejías (*In offic. B. M. V.*)

Esta parte principalísima que cabe á la Madre de Dios en los combates y en los triunfos de la Fe Católica, pone de manifiesto con claridad meridiana los designios de la divina Omnipotencia respecto á la Virgen Santísima, y debe inspirar, á todos los buenos firme esperanza de que nuestros votos se verán cumplidos y colmados nuestros deseos.

¡Hay que confiar en María! ¡Hay que rogar á María! ¿Qué no podrá Ella hacer en pro de la realización de este Nuestro deseo; que la Religión llegue á unir á todos los espíritus por la profesión de una misma Fe y á todas las voluntades por los lazos de una perfecta caridad? ¿Qué no

querrá hacer Ella en favor de los pueblos, por cuya estrecha unión rogó Cristo con instancias á su Padre, y que llamados, por virtud de un solo Bautismo á participar de una misma inmortal herencia, adquirida al precio de un sacrificio de valor infinito, deben marchar todos juntos y de corazón unidos con dirección á esta «luz admirable?» ¿Cómo no ha de desplegar Ella todos los tesoros de su ternura y de su benevolencia en pro de la Iglesia, endulzando los largos sufrimientos de la Esposa de Jesucristo y fortaleciendo los lazos de la unión en el seno de la familia cristiana, fruto insigne de su *maternidad*?

La esperanza de la próxima realización de todas estas cosas parece confirmada por la creencia firmísima que abrigan tantas almas piadosas, de que María ha de ser el lazo bendito, dulcísimo, pero inquebrantable, por virtud del cual todos aquellos que aman á Cristo, formarán un solo pueblo de hermanos, obedientes todos ellos, como á su común Padre, al Pontífice Romano, Vicario de Jesucristo en la tierra. Al llegar á este punto, nuestro pensamiento se remonta y volando al través de las edades, se fija en los gloriosos testimonios de la antigua unidad, y con placer indecible se recrea con los grandes recuerdos del concilio de Efeso. La profesión de la misma fe que unía al Oriente y al Occidente en aquellos remotos días, respació entonces afirmarse con un vigor singularísimo, y resplandecer con una gloria más pura. Entonces fué cuando sancionado por los padres del Concilio el dogma declarando á María *Madre de Dios*, la religiosísima ciudad de Efeso acogió la decisión de la augusta asamblea con transportes de alegría; y al propagarse la fausta nueva de pueblo en pueblo, produjo explosiones de entusiasmo en toda la redondez de la tierra.

Todos estos son motivos poderosos que vienen en apoyo de la confianza que tenemos puesta en el patrocinio de la Virgen poderosa y santísima, y ellos deben ser otros tantos estímulos que exciten la devoción de los fieles á María. Consideren ellos cuán hermosa es esta devoción, cuán útil para los que la practican, cuán agradable será á los ojos de la misma Virgen Santísima. Gozando, como por dicha gozan ya, de la unidad de la fe, demostrarán que aprecian, en lo que vale, este inmenso beneficio y procurarán conservarlo; y por otra parte, de ninguna manera podrán demostrar mejor su amor hacia aquellos de sus hermanos apartados

de la fe que rogando por ellos y ayudándoles de este modo á reconquistar este bien inapreciable.

Este amor, verdaderamente cristiano, que palpita en todas las páginas de la historia de la Iglesia, siempre ha buscado su fundamento y su vitalidad en la Madre de Dios, como en la medianera más poderosa para alcanzar los frutos benditos de la unidad y de la paz de los espíritus. San Germán de Constantinopla la invocaba en estos términos: «Acordáos de los cristianos, que son vuestros servidores, recomendad las oraciones de todos, realizad las esperanzas de todos, fortificad la fe, unid á las diversas Iglesias.» (*Or. hist. n dormit. Deip.*) Tal es aún en el fondo la plegaria de los griegos: «Oh Virgen purísima, que podéis aproximarnos á vuestro Hijo, sin temor de ser nunca desoída, rogadle que conceda la paz al mundo, que inspire un mismo espíritu á todas las Iglesias, que por todos unánimes os glorifiquemos.» (*Men. V maji, Ictokion postod. IX de S. Irene V. M.*)

Otra razón nos asiste para esperar que la Santísima Virgen escuchará benigna nuestras plegarias en favor de las Iglesias disidentes; y es que estas Iglesias adquieren en otro tiempo títulos bastantes para obtener la protección de María. Ellas se esforzaron por propagar su culto; en su seno alentaron notables apologistas, defensores elocuentísimos de su dignidad, panegiristas ilustres, célebres por el ardor y la suavidad á un tiempo de que hicieron culto en las inmortales obras que nos dejaron: *emperatrices agradabilísimas á los ojos de Dios* (San Cirilo de Alej. *De Fide ad Pulchred et soror. reg.*), que supieron imitar en las alturas del trono el ejemplo de la purísima Virgen María; celebradas en todos los pueblos por su munificencia, y que erigieron en honor de la Santa Madre de Dios ingentes Basílicas y templos suntuosos para rendirle culto magnífico. Y Nos queremos citar aquí un hecho no extraño al asunto que tratamos y que redundará en gloria de la Madre de Dios. Gran número de imágenes de la Santísima Virgen fueron traídas, en diversas épocas, desde el Oriente á estas regiones occidentales. Nuestros padres las recibieron con respeto profundo, las honraron con magnificencia, y sus hijos conservan hoy hacia dichas sagradas imágenes los mismos sentimientos de piedad. Nos parece que providencialmente se conservan estos sacros emblemas como testimonios fehacientes de la dichosa época en que la familia

cristiana vivía estrechamente unida, y son ellos como prendas de la común herencia á que son llamados todos los hijos de la Iglesia; Nos parece como que la misma Virgen Santísima invita á sus hijos á que se acuerden de aquellos á quienes la Iglesia católica llama de continuo para que tornen al seno de la Unidad, de la que en hora infausta se apartaron.

Así la obra de la unidad cristiana ha recibido de Dios un apoyo eficacísimo en María. Y ya que no exista una forma singular de plegaria para obtener este apoyo, Nos creemos que el Santísimo Rosario es muy á propósito á la consecución de este objeto. Ya hemos en otras ocasiones indicado que el ejercicio de esta oración especialísima suministra al cristiano medios para nutrir su fe y perseverarla en los peligros del error; así lo atestiguan los mismos orígenes del Rosario. Siempre que ante Ella con devoción lo rezamos, vamos trayendo sucesivamente á la memoria todos los episodios que constituyeron la obra de nuestra Redención y no es dado contemplar, como si ante nuestros ojos se desarrollaran, todos los acontecimientos que vinieron á constituir las en Madre de Dios y en Madre de los hombres. La grandeza de esta noble dignidad, los benditos frutos de este duplicado ministerio aparecen, entre luminosos resplandores, á los que piadosamente meditan los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos en los que van asociados los recuerdos de la Virgen y de su Hijo. Resulta de aquí, que el alma, llena de reconocimiento hacia Ella, acaba por desdeñar las cosas caducas y perecederas del mundo, esforzándose por hacerse digna de tal Madre y de sus beneficios. Y como Ella es la mejor de todas las madres no puede por menos de enternecerse profundamente y sentirse movida á compasión hacia los hombres que conmemoran piadosamente sus misterios. Por eso Nos decimos que la práctica del Rosario será un medio excelente para alcanzar su misericordia en favor de los disidentes; como que ésta oración se relaciona muy estrechamente con su misión de Madre espiritual. María no ha podido concebir sino en una misma fe y en un mismo amor á aquellos que son de Cristo; pues ¿acaso Cristo está dividido? (I Cor. 1, 13.) Todos debemos vivir la vida de Cristo para que «fructifiquemos en Dios» (Rom. VII, 4), en un solo y mismo cuerpo.

Todos los que por funestas circunstancias se han separado de esta unidad merecen que esta misma madre, que ha reci-

bido del cielo el don de hacer nacer perpetuamente una santa posteridad, los una de nuevo á la vida de Cristo. Este es, seguramente, un resultado que la Virgen Santísima desea vivamente conseguir. Ella obtendrá en abundancia los socorros del Espíritu vivificante. Y los hombres de bien no rehusen secundar con sus oraciones la voluntad de aquella Madre misericordiosa, y puedan escuchar y atiendan á esta dulcísima invitación: «Hijos míos pequeñitos, yo os concibo de nuevo para que Jesu-Cristo sea formado en vosotros.» (Cgal. IV, 19).

Habiendo sido aprobada la virtud del Rosario, algunos de nuestros predecesores se consagraban á extender y propagar tan hermosa devoción por las Raciones orientales. Tales fueron Eugenio IV por la constitución *Adesperascente*, dada en el año 1439; Inocencio XII y Clemente XI. Por su autoridad concediéronse grandes privilegios á la Orden de los Hermanos Predicadores. Grandes resultados no faltan gracias al celo de los ministros de esta misma Orden; y numerosos y esclarecidos documentos lo atestiguan; aunque por la serie de los tiempos y por funestas circunstancias se hayan detenido después los progresos de esta obra.

En nuestra época esta misma devoción del Rosario, que Nos hemos ensalzado, ha entrado en aquellas regiones y en el alma de muchas de ellas. Por lo mismo que responde á nuestros esfuerzos, esperamos que contribuya á la realización de nuestros designios.

A esta doble esperanza se añade un hecho en el que van interesados tanto el Oriente como el Occidente y muy conforme á nuestros deseos. Hablamos, Venerables Hermanos, de la proposición que fué presentada en el Congreso eucarístico de Jerusalén, y que tiende á erigir un templo en honor de la Reina del Santísimo Rosario, en Patras, no lejos del sitio en que, bajo sus auspicios, con tanto brillo resplandeció en otro tiempo el nombre cristiano. Según nos ha manifestado el comité ya constituido, muchos de vosotros habeis organizado colectas especiales y habeis prometido continuarlas hasta la terminación de las obras. Existen ya recursos bastantes para dar comienzo á la construcción con aquellas proporciones que convienen á su grandeza; y Nos hemos adoptado las disposiciones necesarias para que el acto de la colocación de la primera piedra revista singular magnificencia. Así este templo se elevará como un monumento perenne de reconocimiento y de amor á nuestra divi-

na Madre, y en él será Ella invocada en ambos ritos, griego y latino, de modo que, dándole gracias por los beneficios de Ella recibidos, quiera concedernos ahora lo que confiadamente esperamos obtener de su patrocinio.

Y ahora, Venerables Hermanos, volvemos al punto de partida. Si; que todos, pastores y rebaños, se acojan, sobre todo durante el mes que se avecina, bajo el manto protector de la Santísima Virgen María. Que en público y en privado, con cánticos, plegarias, ofrecimientos, se unan para invocarla y suplicarla como á Madre de Dios Madre nuestra: *Monstra te esse matrem*. Que su maternal clemencia conserve á su universal familia al abrigo de todos los peligros; que haga lucir para ella días de prosperidad verdadera, devolviéndole la Santa Unidad; que mire con benevolencia á los católicos de todos los pueblos, uniéndolos más estrechamente cada día con los lazos de la caridad, y les conceda la virtud de la constancia para sostener el honor de la Religión, en la que van incluidos asimismo cuantos beneficios puede apotecer el Estado.

Dígnese ella mirar asimismo con especialísima benevolencia á los pueblos disidentes; á esas naciones tan grandes y tan ilustres en las que laten tantos corazones generosos, y alientan espíritus tan elevados, para que se acuerden de sus deberes cristianos; dígnese suscitar en ellos deseos saludables y nobles propósitos; y después de haberlos suscitado que favorezca su realización. En cuanto á los disidentes orientales, quiera Ella recordar la devoción acendrada que sus antepasados le profesaron y los altos hechos que realizaron por la gloria de su nombre. En cuanto á los occidentales, continúe otorgándoles el patrocinio con que durante tantos siglos recompensó la gran piedad y devoción hacia Ella de todas las clases de la sociedad.

Dígnese Ella, por último, escuchar la voz unánime y suplicante de las naciones católicas y también la Nuestra, que se eleva hasta su Sello gritando de lo profundo del corazón: *Monstra te esse Matrem*.

Entre tanto, y como testimonio de nuestra benevolencia, os concedemos con amor la Bendición Apostólica á vosotros, á vuestro Clero y al pueblo confiado á vuestro cuidado.

Dado en Roma, junto á S. Pedro, el 5 de Septiembre de 1895, año XVIII de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.